

EL SAHAGUN DE FRAY BERNARDINO

Por Miguel Ángel González García

En el misterio que es cada persona, en la trayectoria vital de cualquier individuo, el cimiento tantas veces desapercibido, de los primeros años, sostiene y da firmeza al edificio señero de una personalidad destacada o por el contrario es razón de las grietas y del derrumbe humano de tantas frustradas y tristes biografías.

Las circunstancias de lugar, tiempo, familia, educación, amistades, figuras impactantes, acontecimientos sobresalientes positiva o negativamente, del comienzo y de los primeros pasos de una existencia, no son irrelevancias a la hora de acercarse a escudriñar la vida de un hombre. La dúctil personalidad de un ser humano estrenado a la existencia se deja marcar por todo ello. Marcas que no siempre pueden ser certificadas, ni siquiera por el propio individuo, ocultas tras los pliegues del subconsciente, pero que actúan en el carácter, la vocación, las fobias y las filias, los modos de encarar la existencia, de afrontar los problemas, de superar las dificultades, de entregarse generosamente al servicio de los otros, o replegarse en la cómoda rutina de la cotidianeidad más pasiva.

Y esto justifica que al hablar sobre Fray Bernardino de Sahagún, "Amparo de los vencidos, Maestro de los Indios" y "Misionero y educador de pueblos, Padre de la Antropología en el Nuevo Mundo", como reza la inscripción al pie del monumento levantado en su villa natal, tratemos de evocar, de poner de relieve lo más sobresaliente del Sahagún que le vio nacer y crecer durante los primeros años de su existencia. Una villa, anclada en el mar de Campos, como un oasis feliz de cultura. En el Sahagún natal yo creo descubrir una triple realidad que contagió el vivir de Bernardino: el ansia de verdad y el amor a la cultura patrimonio siempre de la Orden de San Benito y Sahagún fue secularmente, casi primordialmente, una abadía benedictina prestigiosa y dotada con aquellos elementos que hacían posible la ciencia y que permitían el estudio y Bernardino de Sahagún fue un hombre de ciencia generoso y lúcido. Camino de aventuras y de ilusiones. Hito señero en el Camino de Santiago, el paso de los peregrinos era y es un río de enriquecimiento, un temblor íntimo que despierta siempre ansias de nuevos horizontes y de altas metas y Bernardino fue un aventurero, por supuesto, a lo divino. Bernardino fue misionero. Y finalmente en Sahagún la pronta presencia franciscana enriqueció la vida de la villa con el regalo de la sencillez, de la fraternidad, de la pobreza del santo de Asís y Bernardino fue franciscano.

Bernardino y Sahagún son pues realidades incontestablemente unidas y es casi el mejor símbolo de ello, aunque fuera praxis común en la onomástica religiosa del pasado, que el fraile sabio y ejemplar cuya memoria pervive sobrepasando las murallas del tiempo, trocara su apellido por el de su villa natal, como para significar que sus raíces no fueron una circunstancia sin transcendencia en su existir.

NACIDO EN SAHAGUN

La certeza de ser Fray Bernardino natural de Sahagún no la tenemos por documentos o registros de bautismo, en aquel momento, inexistentes por lo general, sino por un testimonio personal en el prólogo de su obra "Historia General de las cosas de Nueva España" (pág. 17), donde dice: "pues por que los ministros del Evangelio que sucederán a los que primero vinieron, en la cultura de esta nueva viña del Señor no tengan ocasión de quejarse de los primeros, por haber dejado a oscuras, las cosas de estos naturales de esta nueva España, yo Fray Bernardino de Sahagún, fraile profeso de la Orden de Nuestro Seráfico Padre San Francisco, de la observancia, natural de la Villa de Sahagún, en Campos...".

Si la naturaleza sahadunense es pues indudable, no es tan claro el poder señalar la fecha exacta de su nacimiento. Los biógrafos del buen fraile, como Vicente Castro y Rodríguez Molinero (*Bernardino de Sahagún*. Salamanca 1986) basándose en testimonios y noticias casi coetáneos deducen con evidente lógica que el nacimiento debió acaecer entre los años 1499 ó 1500.

Y un tercer aspecto, oportuno a considerar sobre los comienzos del vivir de Fray Bernardino es sobre su familia, no siendo, por falta de documentación, fácil el afirmar nada claro ni definitivo. Garibay en la presentación de la obra de Fray Bernardino (México, 1979, pág. 12) insinúa que fuera descendiente de una familia de judíos conversos. Y aunque es cierto que Sahagún tuvo judería de cierta importancia, estudiada por don Justiniano Rodríguez, que pervivió hasta la expulsión en los años inmediatamente anteriores al de nacimiento de Fray Bernardino, no hay razones mínimas para aceptarlo. De igual modo no se alcanza a entender el apellido Ribeira que Chavero primero y otros después siguiéndole, le adjudican a nuestro personaje. Y aunque el Camino de Santiago fue vía fácil para el asentamiento de personas de las más diferentes geografías, y el apellido Ribeira podría tener orígenes lusos o galaicos, nos resulta un poco raro que no perviviera entre los apellidos de la villa que se documentan cuando los registros parroquiales se hacen norma.

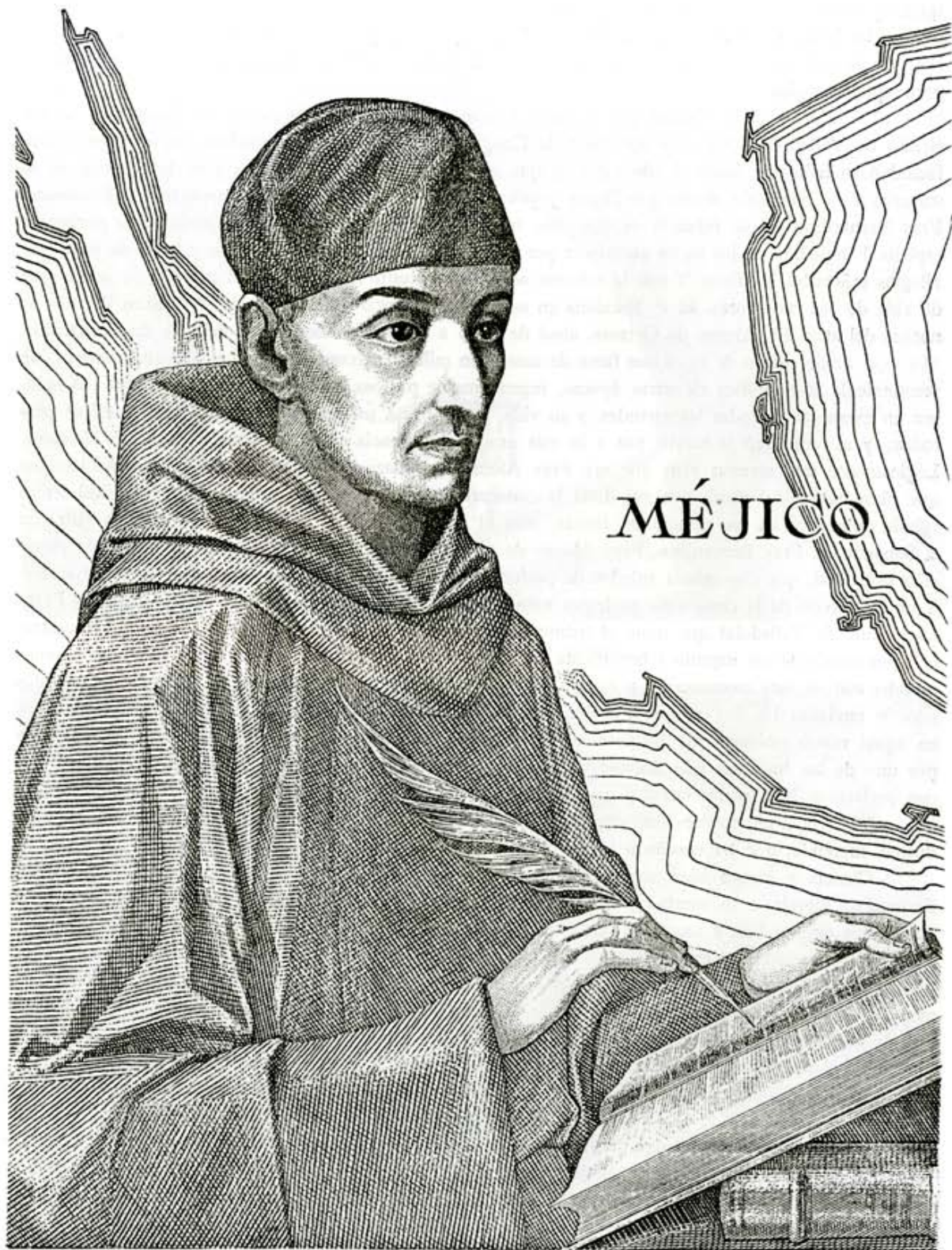
Resumiendo que no sabemos con claridad nada de su familia, no dudando que fuera sinceramente religiosa y relativamente acomodada, si los estudios salmantinos de Bernardino y su vocación religiosa fueran lógica consecuencia de ambos hechos o supuestos.

Y ahora es cuando debemos esbozar cómo era el Sahagún de los años finales del siglo XV y primeros del XVI y reflexionar sobre el ambiente vivido y conocido por el niño y el adolescente Bernardino de Sahagún. Pues también con conjeturas, ya más firmes, se afirma que hacia 1512 a 1514 comenzó los estudios en Salamanca, alejándose de su villa natal, si bien es evidente que a Sahagún regresaría en los periodos no lectivos y de Sahagún recibiría noticias más o menos frecuentes, con visitas no interrumpidas hasta el año 1529 cuando pasa a Nueva España, para encarnarse con aquellas tierras de tal modo que sus horizontes definitivos fueron americanos.

Y para recrear el Sahagún de Fray Bernardino acudiremos a la Historia densa e interesantísima de la villa y al arte que ha llegado hasta nosotros y que venturosamente en algunos casos puede remontarse a épocas anteriores a la existencia del gran misionero y por tanto conocido por él.

EL REAL MONASTERIO DE SAHAGUN EN TIEMPOS DE FRAY BERNARDINO

San Benito de Sahagún tiene una historia de grandezas y de prosperidad sobresaliente. Datan sus orígenes del año 904 cuando Alfonso III dio al abad Adefonso y a un grupo de monjes emigrados de Al-Andalus posesiones en la tierra de Campos y comienza su escalada de esplendor en 1079 cuando Alfonso VI implanta la observancia de Cluny. Pronto sus abades serán consejeros de Monarcas y su



Iglesia y claustros mausoleo de reyes y personas principescas. En su recinto se acuñaba moneda. Se cultivaban las letras y las artes y la atención a los peregrinos y pobres se cuidaba con esmero. Ya en tiempos de Alfonso VI el abad D. Julián erigió un hospital con 70 camas, capacidad sorprendente para aquellos siglos.

La reforma de la Orden que se lleva a cabo en el siglo XV, partiendo del monasterio de San Benito de Valladolid, que dará nombre a la Congregación monástica reformadora, no es aceptada con facilidad en Sahagún, hasta el año 1494 en que su incorporación es definitiva y se le recortan en lo material a la venerable abadía privilegios y propiedades. La Casa monástica benedictina que conocerá Fray Bernardino en su infancia es una casa reformada, impulsada hacia la búsqueda de la perfección espiritual impedida en los siglos anteriores por el lastre de unas excesivas riquezas y hasta de unos privilegios señoriales abusivos. Y con la reforma se notaron pronto los frutos en el capítulo de la santidad de vida de sus moradores. El P. Escalona en su célebre *Historia del Monasterio* en el libro VII nos da noticia del abad Fr. Alonso de Grixota, abad de 1499 a 1510, los años de la infancia de Bernardino. Murió el 11 de agosto de 1510 con fama de santo con milagros reconocidos que el historiador relata con terminología hagiográfica de otras épocas, ingenuamente piadosa pero entrañable. "Fue para sus monjes un exemplar de todas las virtudes, y su vida, y sus obras un sermón continuo, vivo y eficaz para todos; y así conservó la mayor paz y la más exacta observancia en el monasterio", escribirá Escalona. Lógicamente este sermón vivo que era Fray Alonso no pasaría desapercibido al niño y al adolescente que oíría hablar del abad, que sin duda le conocería, al menos cuando celebraba de pontifical en su Iglesia monástica en las principales fiestas, ante el concurso masivo de los habitantes de la villa. En el Sahagún de Fray Bernardino, Fray Alonso de Grixota estoy cierto que despertaría ansias de elevación espiritual, que contagiaria anhelos de perfección que no dejarían de llegar al futuro misionero. Y en el terreno de la ciencia no podemos menos que mencionar, siguiendo al P. Escalona, a Fray Francisco Ruiz de Valladolid que tomó el hábito en Sahagún el 12 de mayo de 1501 y que "dio muestras el buen monje de un ingenio sobresaliente. Y aplicáronle a los Estudios en la Universidad, que se conservaba aún en este monasterio; y viendo sus grandes progresos en las ciencias, después de algunos años le enviaron los Superiores al Colegio de San Vicente de Salamanca, y dio a conocer tan bien en aquel teatro universal de las ciencias su singular erudición, y vasta capacidad, que fue reputado por uno de los hombres más doctos, y de más general erudición que tenía España en su tiempo. Supo con perfección las lenguas latina y griega, cosa muy singular entonces en estos países" (pág. 205).

Y pocos años después destacará en Sahagún Fray Pedro Ponce, "de ingenio peregrino y de industria increíble, que ha enseñado los mudos a hablar con arte perfecta", en expresión de Morales.

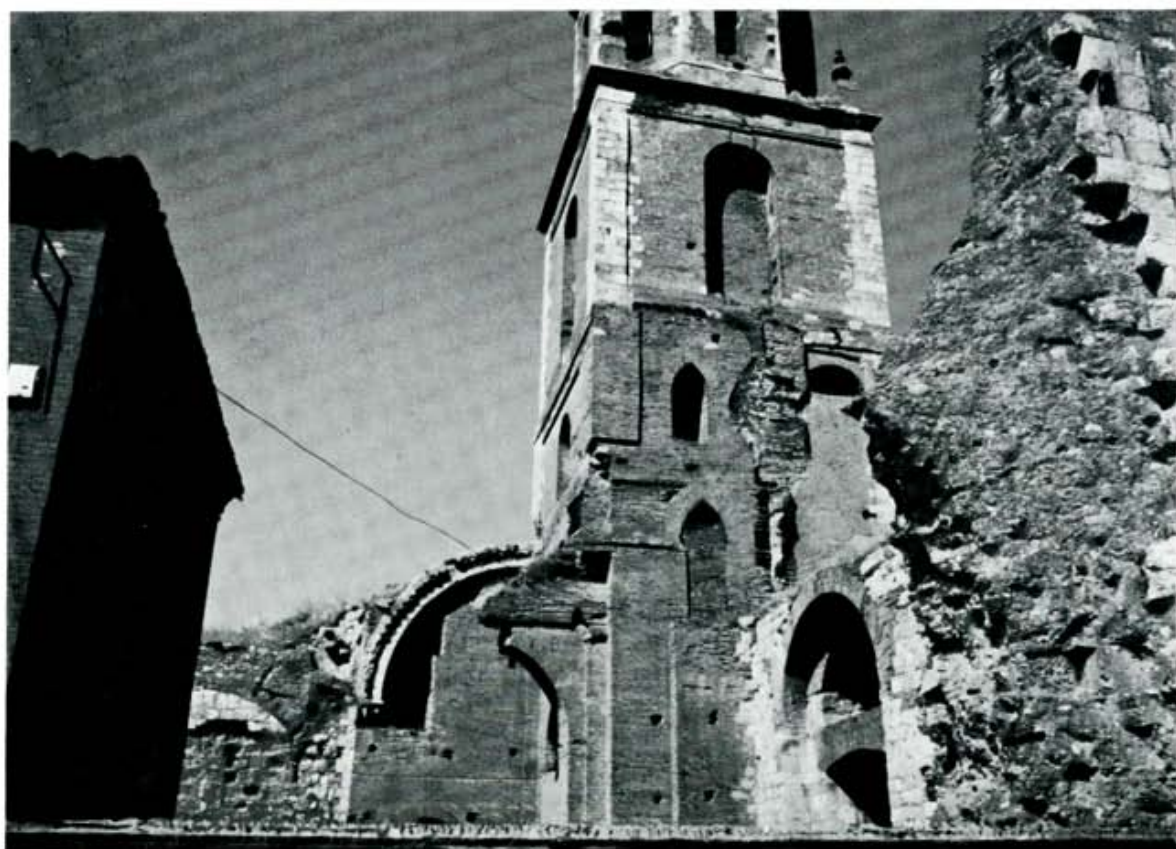
Ciencia y virtud bien conjuntadas eran patrimonio del célebre monasterio benedictino cuando Bernardino moraba a su sombra y ello considero que no es irrelevante en los caminos de ciencia y de virtud que emprenderá y recorrerá en su dilatada existencia.

En lo material y en lo artístico el Monasterio que conoció la infancia de nuestro personaje era un edificio imponente, enriquecido con joyas e imágenes, relicarios y sepulcros regios que lo hacían singularísimo. La Iglesia se tuvo "por una de las maravillas de España". Iglesia de tres naves. La central de mayores dimensiones en altura y anchura que las laterales. Cubiertas con bóvedas de cañón. Componía el conjunto un edificio de gran interés, cuyo estilo y peculiaridades constructivas sólo es posible hoy deducir por viejas descripciones y escasos restos que permanecen tras una serie lamentable de incendios, 1692, 1812, 1835, reformas, desamortizaciones y descuido más inmisericorde.

Gómez Moreno (*Catálogo Monumental de la Provincia de León*. Madrid. 192 pág.) la describe así: "La Iglesia era de tipo muy sencillo y ordenado: tres naves, con siete tramos, hasta el crucero, siendo el primero mucho más corto que los demás, cuadrados estos en las naves laterales, cuyas respaldos eran de simple columna adherida al muro, y se contrarrestaban por gruesos estribos; crucero



Dos aspectos de las ruinas del Monasterio.





Puerta del desaparecido monasterio.



Detalle foto superior.

saliente, con cinco tramos, respensiones de columnillas y esquinas triples entremedias y estribos cruzados en las esquinas, con sus aletas correspondientes; tres breves capillas, encabezadas por redondos ábsides, cerraban el testero, y surgía sobre el promedio de la cruz una gran torre o cimborrio, con su aguja, más o menos reformada en el siglo XV. Longitud total interior, muy aproximada, 66 metros, ancho por el crucero, 38,16; por las naves, 24,30; de la central, 10,20; grueso de muros, de 1,50 a 2 y aún más". Proporciones que exceden a las de todo edificio románico abovedado habiendo de buscarse en el arte cisterciense ogival sus parejos. Continúa el maestro describiendo el templo y sus elementos decorativos, buscando paralelismos constructivos y abriendo interrogantes muy sugestivas para los historiadores del arte como cuando se pregunta si el cimborrio no sería el prototipo de los de Zamora, Salamanca y Toro o si fue esta la primera iglesia ogival en el sentido menos gótico aplicable. Si fue éste el foco de nuestras bóvedas angevinas adoptadas con persistencia por los albañiles moriscos o si era normanda por su trazado general nuestra iglesia.

Todo ello es sin duda muy interesante y la lástima es que el estado de conservación de las ruinas niega en muchas ocasiones respuestas definitivas. Lo que en este caso concreto nos interesa destacar es que la Iglesia y monasterio benedictino eran al comienzo del siglo XVI unas construcciones relevantes, especialmente el templo, con toda la sobria majestad de un edificio medieval al que el solemne culto monacal vestiría de un clima capaz de cautivar y de emocionar. En relación con el mobiliario litúrgico de aquellas fechas, podemos deducirlo de lo que Ambrosio de Morales dejó escrito en su "Viaje": Reliquias de Santos, como San Facundo y Primitivo y San Mancio en solemnes relicarios, enterramientos regios como el del Rey Don Alonso VI "en medio de la Capilla mayor, con harta magestad de sepultura: sobre leones grandes de alabastro está un arca grande de mármol blanco de ocho pies en largo, quatro en ancho, y alto y el cobertor es llano y liso de una pizarra negra: sobre este tienen con maderera hecha representación de gran tumba, que de ordinario está cubierta con un tapiz tegido en Flandes aposta para aquello, de harto buena estofa y dibujo con mucha seda. En lo que cubre lo llano mas alto de la tumba está el Rey armado y coronado y en los lados en buenos festones, armas de Castilla y León; y en el testero de la cabecera está un Crucifijo, y así en lo demás otras imágenes".

Destaca también Morales el altar mayor que reputa ser el mayor de España cubierto de planchas de plata de "antiquísima labor" con encasamentos y figuras de Santos de medio relieve, que se tenía por regalo de Alfonso VI. Y en el altar está una Imagen de Nuestra Señora de plata, de tres cuartas en alto y que el detallista viajero dice parecerle de planchas algo gruesas con madero dentro y que nos permite evocar a la Virgen de la Majestad de la Catedral de Astorga.

También era admiración de aquel templo una sillería primorosa de nogal labrada el año 1441, colocada en el coro bajo, en medio de la nave principal... y altares e imágenes de buen arte, hoy desgraciadamente perdidos, pero entonces cuando Bernardino vivía en Sahagún, cumpliendo la misión de ser cauces de devoción y aunque quizá inconscientemente siendo libros abiertos de enriquecimiento estético, que es posible afloraron en el ánimo de Fray Bernardino cuando en Nueva España fue promotor de empresas artísticas en conventos y misiones como Santa Cruz de Tlatelolco, Tlalmanalco o Xochimilco.

SAHAGUN EN EL CAMINO DE SANTIAGO

Todo camino es comunicación, información, invitación a salir del limitado cerco de la propia geografía. Un camino abre al mundo, a ilusiones y proyectos, a sueños y esperanzas. Y si ese camino es el camino más prestigioso de la historia Europea, la vía de enriquecimiento cultural más destacada del pasado, hay que suponer una influencia grande en los lugares que atraviesa y en las personas que

en ellos moran. Y Sahagún está y es hito significado en el Camino de Santiago, hasta tal punto que el P. Yepes afirma que al monasterio se le llamó Estratense, subrayando su significación itineraria desde que comenzó la romería a Santiago. Y la hospitalidad con los peregrinos distinguió siempre al monasterio y a la villa. El mismo cronista de la Orden de San Benito nos habla del hospital con 70 camas para recibir a pobres y romeros, hospital que atendían cotidianamente dos monjes "para hospedar y recibir a los pobres, darles de comer, hacerles la cama y curarles cuando caían enfermos, en todo lo cual se gastaba muy gran cantidad y suma de dineros".

Entre los testimonios dejados por los peregrinos de su paso por Sahagún tenemos dos coetáneos de la época en la que vivió Fray Bernardino. Uno se la crónica rimada del peregrino alemán Herman Künig von Vach que con cierto laconismo escribió "Y una ciudad llamada Saguna. Esta tiene mala agua y 4 hospitales. Fuera del puente tomarás un legítimo vino y pan y llegarás a un hospital".

En 1502 es el noble flamenco Antoine de Lalaing, cortesano de Felipe el Hermoso, quien, peregrino jacobeo, anota sus impresiones de Sahagún: "El lunes 21 (de febrero) llegaron los tres caballeros a Sahagún, villa pequeña, ennoblecida con un claustro de San Benito, donde don Alfonso, rey de Castilla y su mujer, de una parte y uno de sus hijos de la otra están sepultados en una sencilla tumba de piedra".

No es la mayor o menor intrascendencia de estos recuerdos lo que nos interesa resaltar sino el hecho de que en los años de la infancia de Fray Bernardino seguían transitando por el Camino de Santiago peregrinos de toda condición, nación, edad y que su paso curioso y devoto suscitaba comentarios y prendería en el ánimo de muchos ansias de aventuras. El descubrimiento del nuevo mundo, las noticias más o menos confusas, fantásticas o pintorescas de los viajes colombinos y de las nuevas expediciones, tendrían en el camino compostelano una difusión más rápida y más fácil, llevadas por la boca de los peregrinos que en muchos casos pagarían atenciones y caridades con relatos de lejanas tierras o noticias escuchadas en otros momentos de su peregrinación.

Yo quisiera vincular y no me parece osado, como una de las causas que encauzaron a Fray Bernardino a la aventura del Nuevo Mundo, el haber nacido y vivido en los años infantiles, cuando misteriosamente se graban en el hombre las metas que darán plenitud a su existencia, en Sahagún. Y ello lo avala el hecho de que otros muchos hijos de la villa sentirán la misma llamada de aventura y de misión en éstas o próximas fechas. No quisiera, por supuesto, reducir las razones de los que partieron a hacer fortuna o prestigio en las Indias, a una simple vinculación con un lugar, pero sí subrayar que Sahagún era un lugar propicio para que las noticias y el conocimiento del misterio de allende el océano llegaran más vivas y atrajeran con mayor fuerza a muchos que quizá de niños soñaron con seguir la ruta de los peregrinos como una liberación de la monotonía, de la pobreza, de la mediocridad.

Juan Manuel Cuenca Coloma que en su libro "*Sahagún, monasterio y villa*" ha reunido tantos datos interesantes sobre la historia sahanunense nos proporciona listas largas de hijos de Sahagún que embarcaron rumbo al Nuevo Mundo, siendo significativo que sean tantos y que en cierto modo su procedencia sea atípica entre las más frecuentes proveedoras de aventureros y misioneros para tierras americanas: Pedro Ansúez Enríquez de Camporredondo hacia el año 1530 pasó al Perú con Pizarro interviniendo en proezas sobresalientes, como la batalla de las Salinas, el descubrimiento del río Beni, la fundación de la villa de la Plata. Don Juan de las Cuevas y Bustillos de Terán, nieto de un alcalde de Sahagún por el estado noble y nacido en la villa en 1515, participando con Valdivia en la conquista de Chile, siendo alcalde de Santiago. Don Francisco Descobar, oidor de la Real Audiencia de Lima, Juan de Figueredo, Cristóbal Hernández, sastre, Cristóbal de Peñalosa, Cristóbal de Roa, Mancio de Salas... y tantos otros que hicieron realidad sus sueños y aportaron nobleza, trabajo y esperanza en los comienzos de la aventura americana. Y sobresaliendo entre todos ellos como aventurero a lo divino, Fray Bernardino de Sahagún.

Un camino siempre abre puertas y si es lógico que también pobreza y lazos familiares alargaron la nómina de los hijos de Sahagún que se embarcaron rumbo a América, el hecho de ubicarse la villa en la ruta jacobea hizo como más normal y natural emprender esos caminos que a unos llevaron a la fama, a otros a la santidad y a otros a la aventura.

LOS FRANCISCANOS EN SAHAGUN

Suelen los autores que biografían a Fray Bernardino señalar a la ciudad de Salamanca como el lugar en el que el joven entró en contacto con la orden franciscana, y si es cierto que allí, aunque sin fechas precisas tomó el hábito y profesó gozosamente en la religión de San Francisco, ignoran que en su villa natal existía un convento de frailes franciscanos y que yo tengo la certeza de que muy vinculados al mismo estuvieron sus familiares y por tanto el pequeño Bernardino. El contacto del futuro antropólogo de Nueva España con el franciscanismo fue indudablemente Sahagún. Y las razones las derivo en primer lugar, del nombre de nuestro personaje. Nadie al menos hasta ahora duda de que Bernardino sea el nombre de pila y San Bernardino de Siena es un santo franciscano. Comprobamos que en la onomástica sahumantina no es frecuente el nombre, abundan los Pedro, Juan, Diego, Alonso, Cristóbal, Jerónimo, Gaspar y los Mancio, Facundo y Primitivo del santoral local.

Bernardino debió llamarse así por influencia de devoción o de amistad de los frailes de Sahagún con sus padres o parientes y esta amistad se traduciría durante la infancia del futuro fraile en una relación, en un trato que acabaría orientándole hacia la vida franciscana.

El paso de San Francisco hacia Compostela fue dejando una estela de fervor y de anhelos por contar con conventos en los que se viviera el espíritu de sencillez y de pobreza del santo de Asís. A lo largo del camino de Santiago surgirían pronto conventos de franciscanos. En Sahagún parece que desde el año 1245 existía un pequeño eremitorio, que con el nombre de "San Juan de la Penitencia" era semilla de espiritualidad franciscana. Diez años más tarde, estando el rey Alfonso X en Sahagún, los frailes obtuvieron por intercesión del monarca ante el abad benedictino Don Nicolás otro lugar más capaz y apropiado para construir casa e iglesia en la villa. La paz inicial pronto se vio turbada y sólo se restableció la concordia tras una serie de bulas pontificias reconociendo el derecho de los frailes frente al cambio un tanto caprichoso de actitud del poderoso abad. Augusto Quintana ha publicado y comentado los 22 pergaminos que permiten reconstruir con puntualidad los primeros años de aquel convento que en el siglo XVI vivía con tranquilidad y sencillez el carisma de San Francisco.

Como es lógico, aunque interesante no es nuestro intento de ahora historiar la vida franciscana en Sahagún, pero sí nos parece indispensable señalar algunos detalles que esbozen lo que podría ser un serio trabajo aprovechando la documentación sobre el monasterio que se conserva en el Archivo Diocesano de Astorga y que en lo relativo a la época moderna, permanece inédita.

Referente a la Iglesia, que hoy se conserva y que fue la que conoció Fray Bernardino y en la que es probable que oyendo sermones o asistiendo a cultos recibiera la semilla de su vocación, Quintana Prieto nos ofrece dos datos de interés obtenidos de sendas bulas papales. La colocación de la primera piedra el 30 de mayo de 1260 por el Obispo de León Don Martín comisionado por el Papa Alejandro IV que había bendecido la dicha piedra en Anagni el 29 de agosto de 1259. Y como la pobreza es siempre retardadora de obras y empresas, la iglesia transcurrido un siglo estaba inconclusa, concediendo el papa Inocencio VI por bula expedida en Lyon el 8 de septiembre de 1358, indulgencias a quienes con sus limosnas acudiesen a la culminación de las obras. Ambos documentos ofrecen una precisa cronología para este edificio interesante estudiado con acierto por el Profesor Manuel Val-

dés Fernández, distinguiendo tres fases en la construcción que coinciden dentro de los topes cronológicos que la documentación hace indiscutibles.

El convento franciscano de Sahagún dio frailes prestigiosos como aquel Fray Andrés de Soto natural de la propia villa que en la segunda mitad del siglo XVI fue confesor de la Infanta Isabel Clara Eugenia y de su esposo Alberto archiduque de Austria y príncipe de Bélgica, que dio a la imprenta en Amberes y Bruselas diversas obras de contenido piadoso de las que nos informa Nicolás Antonio en su Biblioteca Hispana Nova.

Y finalmente aunque ya muy distante de la cronología en la que centramos la visión de Sahagún, es preciso mencionar el año 1683 cuando en Sahagún se instala un Colegio Misionero por el P. Francisco Salmerón que supuso una revitalización necesaria para el viejo convento con rehabilitación de las maltrechas edificaciones, celebradas festivamente por toda la villa. En 1687 el Padre Salmerón adquirió en Sevilla y remitiría al Colegio de Sahagún una preciosa imagen de Nuestra Señora labrada por Luisa Roldán bajo el título de la Divina Peregrina. Desde su entronización el 2 de julio de 1688 en la iglesia conventual cautivó, por su delicada belleza y quizá también porque el título tocaba una fibra muy sensible para los sahguneases: la peregrinación, la devoción de la villa hasta nuestros propios días.

Todo este detenernos en considerar la historia de los franciscanos en Sahagún nos lo permitimos porque insistimos en afirmar que allí conoció Bernardino el camino vocacional que luego seguiría. Queridos y admirados eran los frailes franciscos de Sahagún, la predicación, la pobreza, la sencillez cercana los hacía preferir a los benedictinos quizá siempre más respetados como señores de la villa que queridos como monjes del dulce San Benito. Una prueba de ello fueron las misiones del año 1543 durante la Semana Santa. Los frailes franciscanos las prepararon con tanto celo que la villa entera se volcó en la iglesia conventual quedando vacías las naves de la Iglesia abacial. Lo llevaron tan a mal los benedictinos que el abad Fr. Francisco Ruiz de Valladolid, les prohibió la predicación en las parroquias de la villa lo que obligó a los franciscanos a recabar una real provisión que les permitiese predicar en paz. (Juan Manuel Cuenca Coloma, *op. cit.*).

MURALLAS, IGLESIAS Y PUENTES

Recrear el Sahagún, escenario de la vida de Fray Bernardino en sus primeros años, obliga a una referencia a una serie de edificaciones que daban y dan, en la medida que se conservan, personalidad a la villa. Cuadrado en el siglo pasado hace romántico inventario de edificaciones perdidas y de restos conservados, que hoy, cien años después, son menos. "De las murallas que fortalecían a Sahagún sólo da muestra en lo más alto del pueblo la puerta que mira al este, compuesta de dos arcos ojivos interior y exterior, y flanqueada de torreones desmoronados. Desde el ribazo de San Francisco, suspendido sobre el Cea, aparece en vistoso panorama la populosa villa, con su caserío de ladrillo y tierra, dominado por las gruesas y oscuras torres de sus parroquias. Nueve eran las que contaba cuando su vecindario no cedía al de medianas ciudades: no ha mucho que desaparecieron Santa Cruz y San Pedro de las Majadas; de San Martín subsisten informes tapias en una plazuela; permanecen hoy día San Tirso, San Lorenzo, Santiago y La Trinidad, cuyas formas monumentales aplicadas a su fábrica de ladrillo demuestra cuán de antiguo se introdujo allí este género de construcción".

En 1911 Gómez Moreno que pocos años antes había catalogado la Iglesia de Santiago certifica que la volvió a ver medio derribada. La de la Trinidad es hoy también casi ruina.

El Sahagún de Fray Bernardino era pues una villa murada, un sereno bosque de torres de la-

drillo de iglesias y de ermitas y puentes sobre el Araduey y sobre el Cea para hacer cómodo el tránsito de viajeros y peregrinos.

Cerca de tapias que obligaban al frecuente reparo como la que se documenta en 1367, cuando mandó reconocerla a Alonso García y Pedro Ruiz, declarando éstos que debían hacerse "ciento veinte tapias de antepecho con sus almenas, e mas en derredor de la villa cient e setenta almenas e dos cadahalsos". Haciéndose para la obra el obligado reparto entre el vecindario.

En el siglo XIV se sabe que existían una puerta llamada de "la Barra" y otra conocida como Puerta del Mercado. De dos y medio a tres metros de espesor y de siete de altura con tres torreones de 15 metros de altura adosados a la muralla, sirviendo de atalayas para prevenir ataques. Tres grandes puertas y 4 portillos o postigos permitían la comunicación entre los barrios del interior y los arrabales que le nacieron a la villa pronto como desahogo para su creciente población. El deterioro y parable de las murallas sahaguntinas comenzó en el siglo XVI, pero el joven Bernardino las conoció y formaron parte de la imagen que se llevó a América de su villa natal. Las puertas eran la llamada de Santa María o Portón de Nuestra Señora, por llevar en una hornacina rematando el arco una imagen de la Señora. Otra de San Sebastián, por igual motivo, colocado el santo como detente contra pestes y epidemias y la tercera de San Pedro por ser la más cercana a aquel barrio cuya iglesia es también solo recuerdo.

Si las murallas se borraron de la fisonomía actual de la villa, permanecen algunas de sus iglesias con torres de ladrillo mudéjares. Sahagún no falta en ninguna historia de la arquitectura o del arte por ellas. Las siluetas de las torres de San Lorenzo o de San Tirso son hoy símbolo y reclamo turístico de Sahagún. Mirándolas recortadas sobre el cielo azul de Campos recuperamos una imagen que en los comienzos del siglo XVI era posible para los ojos despiertos de un inquieto muchacho, cuya obra y personalidad nos siguen cautivando.

El mudéjar de Sahagún ha sido catalogado y estudiado con inteligencia por el Profesor Manuel Valdés Fernández. Antes Gómez Moreno lo hizo en su siempre válida obra, levantando acta del descuido que padecían algunas edificaciones, sólo hoy en parte subsanado con restauraciones y consolidaciones, no sé si siempre acertadas.

El Profesor Valdés distingue en su obra "*Arquitectura Mudéjar en León y Castilla*" (León 1981) cinco fases en el catálogo preciso que hace de las obras que estudia. Le seguimos para con mucha brevedad mencionar las obras de este momento que Sahagún conserva. Dentro de la llamada Fase Preclásica, figura la capilla de San Mancio, entre los muros y ruinas del viejo monasterio de benitos, consagrada el año 1184 por el Obispo de Astorga don Fernando, acompañado de los obispos Pedro de Ciudad Rodrigo y Alfonso de Orense como recuerda una lápida. Obra pues del siglo XII en la que se anticipan soluciones góticas, basándose la decoración de los muros de ladrillo en la combinación de arcos ciegos de medio punto, recuadros y bandas de ladrillos en vertical.

A la misma etapa pertenece la iglesia de San Tirso, de planta basilical de tres naves con torre de sección rectangular, formada por un primer cuerpo macizo, dos ventanas geminadas que apoyan sobre columnas románicas y un cuarto cuerpo de vanos de ladrillo en forma de arco de medio punto. Decorativamente presenta semejanza de motivos con San Mancio lo que permite suponer una cronología similar para ambas obras.

La segunda fase se llama precisamente "Fase clásica sahaguntina" y en ella se catalogan las Iglesias de San Lorenzo que ya Gómez Moreno definió "como una de las iglesias más vistosas y completas de albañilería morisca en su periodo floreciente". De planta también basilical de tres naves separadas por arcos apuntados que apoyan sobre pilares cruciformes, la cabecera formada por tres capillas absidiales cubiertas por bóvedas de cañón. La torre se dispone sobre los muros del tramo

recto del ábside central. Tiene cuatro cuerpos separados por hiladas de ladrillo y bandas en nacela. Articulando sus muros, series de cuatro o cinco vanos en forma de arco. Arcos apuntados y esquemas decorativos invitan a datar esta obra en el siglo XIII.

La Ermita de la Virgen del Puente, a cinco kilómetros de Sahagún es de estructura muy sencilla: única nave con cabecera sencilla de sección poligonal. Ermita del puente que cronológicamente corresponde en su fábrica al segundo tercio del siglo XIII, pero de la que ya existen noticias desde el año 1188 estando muy vinculado este lugar al camino jacobeo, existiendo para la atención de los peregrinos una hospedería.

Finalmente, el mudéjar de Sahagún nos ofrece el convento, más bien la iglesia del convento de los Franciscanos, al que ya nos hemos referido, insistiendo ahora en la necesidad de su pronto reparo para evitar la ruina que le amenaza.

Por supuesto que más detenimiento merecían estos templos en los que la piedra, sillar románico, se mixtura bellamente con el ladrillo que trenza decoraciones mudéjares del más alto interés, pero no es justo que yo me alargue más en esta ocasión, abusando de su exquisita cortesía. Sólo me queda una brevísima referencia a los puentes que es lo único que algunos peregrinos recuerdan de su paso por Sahagún como Guillaume Manier en 1726. "En esta ciudad de Sahagún, hay un río y sobre él un puente que se cruza para seguir a Bercianos". El que permitía el paso sobre el río Valderaduey dio nombre a la advocación de Nuestra Señora del Puente, de la que ya hemos hablado. Y el otro a la salida de la villa permitía cruzar el río Cea; tiene probada antigüedad si bien el actual es fruto de la reconstrucción habida a principios del presente siglo utilizándose las piedras de una inconclusa capilla que el monasterio benedictino comenzó a levantar en 1738 en honor de los patronos de la villa San Facundo y Primitivo.

Puentes que abrieron el paréntesis que las aguas de los ríos cierran en torno a Sahagún, puentes que comunicaron la villa con la cultura, con el prestigio, con la vida.

Quiero acabar estas intermitentes evocaciones del Sahagún entrañable que vio nacer a Fray Bernardino con imágenes serenas de puentes porque creo que un puente es la mejor imagen para definir al sabio y humilde franciscano cuyo IV centenario de su muerte queremos subrayar. Puente como misionero, como hombre de cultura, como franciscano. Puente entre España y Nueva España, entre el castellano y la lengua mexicana, entre los hombres y Dios. Puente tendido siempre sobre las aguas mansas o agitadas del vivir con los arcos necesarios de la fe, la ciencia y la caridad, unidos los sillares con la franciscana argamasa de la paz y el bien.

APUNTE BIBLIOGRAFICO

Además de la bibliografía citada en el cuerpo del texto conviene señalar también los siguientes autores y libros que se han preocupado del sabio franciscano.

Manuel BALLESTEROS GAIBROIS "*Vida y obra de Fray Bernardino de Sahagún*" León 1973.

Alfredo CHAVERO "*Sahagún*" México 1877.

Wigberto JIMENEZ MORENO "*Fray Bernardino de Sahagún y su obra*" México 1938.

Alfonso TORO "*Importancia etnográfica y lingüística de la obra del P. Fray Bernardino de Sahagún*" México 1923.